

Baste decir que este militar sanguinario y brutal, sin talento y sin virtudes, que lo mismo se jactaba de haber lanceado á los insurgentes, como de haber lanceado á los españoles en Juchi, y que sólo á los yankees no quiso lancear en 47, se entregó enteramente, durante su gobierno, en manos de D. Lucas Alaman, el delirador y enemigo acérrimo de los caudillos de 1810.

Los poetas cortesanos de ese tiempo, ¿cómo habían de pulsar la lira en loor de esos caudillos, corriendo el riesgo de desagradar al gobernante? ¡Imposible! Y la desgracia fué que no floreció en aquellos tiempos calamitosos ningun poeta valeroso é independiente que pulsase la lira en alabanza de los verdaderos héroes.

Después siguiéronse la guerra civil y los molines militares en todo su furor. Toda aquella soldadesca del ejército trigarante se habia convertido en una turba de pretorianos que ambicionaban el poder, y que se desgarraban unos á otros para conseguirlo. Ya federalistas, centralistas ó dictadores; unas veces pronunciados y otras gobernantes, aquellos brigadieres, coronels, capitanes, y hasta sargentos, en union de sus respectivos goliaths y áulicos, mantuvieron al pueblo en perpetua agitación. Entónces pudo haber una epopeya colectiva, aunque disimbolada y contradictoria, y la hubo en efecto, porque cada uno de esos y contradictoria, y la hubo en efecto, porque cada uno de esos matasietes tenia un enjambre de poetas aduladores á su servicio; pero semejante epopeya, que no se proponia inmortalizar más que bellaquerías y miserias, además de ser ruin como obra de arte, es indigna de mención por vergonzosa.

Después, nueva guerra civil y nuevos himnos á los hombres del poder, con especialidad á Santa-Anna, que fué todavía dictador por tres años más. ¿Quién iba á acordarse entónces de los héroes de 1810? El anciano brigadier iturbidista que años ántes habia tenido veleidades en favor de los primeros insurgentes, y que habia sido enemigo de Bustamante y de su ministro Alaman, vino á entregarse tambien en manos de este otro anciano más enemigo que nunca de la independencia, y resuelto como el dictador, á gobernar conforme al programa teocrático-militar de 1821.

Precisamente otro anciano veterano de 1810, fué quien echó abajo esa dictadura, proclamando el plan de Ayulla, que contenia las aspiraciones nelamente populares de la primera época de la Independencia. Entónces hubo como una explosion de libertad, y con ella volvió el culto de los primeros caudillos, que se manifestó en los discursos cívicos, en los escritos diarios y en los cantos de los poetas. Pero como á esos dias de triunfo se siguieron luego la rebelion reaccionaria y la terrible guerra de Reforma, fecunda en desastres y en peiripecias, aquellos recuadros se desvanecieron ante el furor de la lucha, y no hubo lugar más que para la poesía lirica del combate y para la poesía burlesca del pueblo. Entónces hubo algo de epopeya colectiva y democrática, y Guillermo Prieto fué uno de los poetas que contribuyeron á ella con los cantos más populares que servian de provocacion al enemigo y de toque de arremetida á las huestes de la Reforma.

Pero esa especie de epopeya compuesta de ligeras narraciones y de cantos burlescos é injurias, y que es la única que haya sido verdaderamente popular en México, al ménos entre la gente que habla el español, tuvo una vida momentánea, como hija de una guerra de hermanos y producto de las pasiones de partido.

Siguió al nuevo triunfo liberal la guerra de intervencion extranjera y con ella el Imperio. El triunfo del 5 de Mayo dió vuelo por unos dias á la poesía lirica, que expresó en varoniles acentos el orgullo de la Patria, y todavía Guillermo Prieto fué el autor de los más inspirados, así como siguió siendo el cantor de la lucha, aun en medio de los mayores reveses y en el camino del destierro.

Entrelanto, en México se operaba un fenómeno singular; el joven príncipe que ocupaba el trono levantado bajo los auspicios de la intervencion francesa, se manifestó desde los primeros dias admirador entusiasta de los caudillos de la Independencia, y sincero ó no en su admiración, impulsado por móviles de política, como quieren algunos, ó convencido por razones históricas, el hecho es que expresó su opinion de cuantas maneras pudo.

Trasladóse, con una gran comitiva, en Setiembre de 1864, al pueblo de Dolores, y allí solemnizó la noche del 15 el grito de Independencia dado por Hidalgo en 1810, y peroró al pueblo desde la misma ventana en que según la tradición habló á las masas el ilustre caudillo.

Después, en 1865, quiso celebrar con solemnidad inusitada el centenario del hombre más grande de la insurrección, del inmortal Morelos; hizo erigir una estatua y colocarla en una de las calles más céntricas y brillantes de México, la de San Francisco, en el amplio lugar que se llama Plazuela de Guardiola, y allí rodeado de su corte y del ejército, no quiso confiar á nadie el discurso inaugural de la estatua y conmemorativo del centenario, y él mismo fué el orador, tributando un homenaje público de admiración al héroe sin rival.

Luego, no hallando en ninguna parte una galería de retratos de los héroes de la Patria, mandó hacerla con empeño, encargando los cuadros á los mejores artistas, y gracias á eso, tenemos en el salón de embajadores la galería de nuestros héroes, incompleta, como él la dejó, á causa de los sucesos que sobrevinieron.

Justo es confesar que este hombre hizo lo que debieron haber hecho los gobernantes de México anteriores á él. Lo repetimos, sincero ó no, este extranjero, este descendiente de la casa de Austria, este usurpador coronado, cuando ménos dió una lección severa á los Gobiernos y Ayuntamientos republicanos que desde 1824 hasta 1863, en todo habían pensado ménos en erigir estatuas á los Padres de la Patria, en conservar sus retratos y en honrar su memoria con monumentos públicos. Es cierto que se había proyectado la erección de un gran monumento en honor suyo en medio de la Plaza Mayor de México, pero quedó en proyecto, pues no se hizo de él más que el zócalo, que se ha convertido después en paseo con el jardín que se plantó al rededor de él. También es cierto que se había erigido una estatua de Hidalgo en Toluca, pero se debía á una donación privada y no á un decreto público. Por lo demás, un Congreso se contentó con decretar como una gran cosa, que se deposita-

sen las cenizas de los héroes debajo de un altar lleno de ratas en la Catedral de México, y con poner el nombre de aquellos caudillos ilustres á varias poblaciones y á varias calles y plazuelas de los suburbios.

En cuanto á retratos, apenas existían de los primeros héroes algunos imperfectos; los pequeños hechos en cera por Rodríguez; los publicados en Londres, copia de éstos, y los que publicó en malas litografías Alaman, que deturpando y todo á nuestros próceres, nos hizo ese favor.

En nuestro Museo Nacional entonces no había más que unos cuantos ídolos, algunos castillos de *popote* y el retrato del gigante Martín Salmeron.

En cambio, la adulación había elevado la estatua de Santa-Anna en la plaza del Volador, y Tenerani en Roma había hecho, por encargo de los palaciegos, los bustos en mármol, de Bustamante, de Alaman, de Santa-Anna: el retrato de Iturbide se ostentaba en el Palacio Nacional, y en Chihuahua apenas se levantaba un cenotafio ridículo de ladrillo en el lugar en que había sido fusilado el padre de la patria.

Volvamos á Maximiliano. De esperarse era que al ver su afecto á los héroes de 1810, los poetas de la corte completasen aquella manifestación, acometiendo, por fin, la obra de la epopeya de la Independencia, ó al ménos enriqueciendo la poesía lírica con nuevos cantos. Pero no fué así. Nadie pulsó la lira en ese tono; nadie se movió; ni la lisonja palaciega logró producir en el alma de aquellos poetas del partido monárquico una inspiración patriótica. ¡Pobre Maximiliano! él no conocía tal vez el fondo de odio inextinguible que existía en el espíritu de aquellos literatos contra los caudillos de nuestra independencia en 1810. Ellos habían podido cantar á Iturbide, pero á Hidalgo y á Morelos, nunca, y es seguro que reprobaban sordamente los alardes patrióticos del príncipe en Dolores y en el centenario de Morelos.

Pero lo peor ha sido, que después del triunfo de la República en 1857, nada se hizo mejor que lo que se había hecho antes. Y fué que entonces las glorias de la segunda guerra de in-

dependencia hicieron olvidar las de la primera. Se olvidó á Hidalgo y á Morelos, y sólo se pensó en D. Benito Juárez. Algunos lisonjeros exagerados, precisamente de los que no habian servido para nada en la guerra de intervencion, queriendo, ya que les faltaba el de los servicios en tiempo de prueba, contraer algun mérito con el presidente afortunado, llegaron hasta colocarlo á la misma altura de Hidalgo y de Morelos, como si hubiera sido lo mismo crear la patria sacándola del caos de la servidumbre, que conservarla por deber cuando estaba ya formada, y como si fuese dable que en México pudiera haber algo ni entónces ni jamas, que se igualase á la resolucion sublime de Hidalgo, ni al genio de Morelos.

Por lo demas, Hidalgo y Morelos fueron personalidades, y Juárez fué una personificacion de la defensa nacional. Mas como la fama y la poesía buscan precisamente las personificaciones, el hecho fué que Juárez asumió la gloria colectiva de la guerra, y por entónces su imágen opacó en la memoria del pueblo la de los padres de la patria. Tan cierto es esto, que miéntras centenares de retratos suyos se ostentaban en las casas de gobierno, en los salones municipales, en las oficinas y en las escuelas, apénas se encontraba uno que otro de Hidalgo en esos mismos lugares, y miéntras se le ha erigido por órden del Gobierno un suntuoso sepulcro de mármol, adornado con su estatua, no se ha erigido todavía en México la del ilustre caudillo de 1810.

No deben censurarse tamaños honores, pues el famoso presidente los mereció, y la patria ha hecho bien en manifestar así su gratitud al hombre que la representó dignamente; pero cada cual debe ocupar su puesto respectivo, y si la República ha consagrado monumentos públicos al magistrado que supo conservarla incólume, tiempo há que debia haberlos consagrado á los héroes que con sacrificio de su vida la fundaron.

Esta cuestion de los monumentos públicos no está de más en el asunto de que tratamos, porque ella se enlaza íntimamente con la epopeya nacional, y explica en parte el olvido en que se ha echado la tradicion heróica de la independendencia de México.

Los monumentos votivos, los templos, las inscripciones conmemorativas, las estatuas, los sarcófagos, las columnas, mantienen viva en las naciones la memoria de los grandes hombres y de los hechos gloriosos; con ellos la imaginacion popular anima la sombra de los héroes, y crea en torno suyo las leyendas; la juventud se familiariza con la historia, y la poesía en la epopeya hace del heroismo el númen tutelar de la patria. La Grecia antigua levantaba un templo para cada héroe, convirtiéndolo en semidios; consagraba sus recuerdos patrióticos con fiestas solemnes en que tomaban parte la religion y la poesía. Los griegos conocian desde niños la grandeza de sus padres, viéndola eternizada en los bronces de los templos, en las estatuas de las plazas y de las calles, oyéndola relatar en los gimnasios y en los bosques sagrados, representar en la escena, cantar en los juegos olímpicos y confundirse en los himnos sagrados con el poder de los dioses. Así se vigorizaba naturalmente el carácter nacional, y cuando venia la invasion extranjera, aquel pueblo sabia luchar, siquiera fuese con el poder tremendo del imperio persa, y sacando fuerza de su entusiasmo, alcanzaba la victoria.

Todas las naciones cultas han imitado ese útil ejemplo. En la América del Norte, la imágen de Washington se levanta por todas partes, y su nombre se repite constantemente por sus conciudadanos desde la escuela hasta el Capitolio; y en la América del Sur, las estatuas y los retratos de Bolívar se ostentan en las plazas, en los palacios, en los museos y en las escuelas; las estatuas de Miguel Carrera y de San Martín se elevan en Santiago y en Buenos Aires, la historia de los héroes es conocida de todos, y despues de Olmedo, que cantó la victoria de Junín, el venezolano Felipe de la Tejera presentó en el año pasado en Carácas, como ofrenda en el centenario de Bolívar, su bello poema épico en doce cantos *La Boliviada*, en que celebra en estro homérico toda la guerra de independendencia.

De este modo en esas repúblicas del Sur, la admiracion y el entusiasmo del pueblo que habian creado desde luego la poesía lírica patriótica, mantuvieron el fuego sagrado aun entre las

borrascas de las guerras civiles; la gratitud consagró los monumentos públicos, y la epopeya individual ha nacido al calor de estos sentimientos, y seguirá formando el carácter republicano y varonil, como en la Grecia de otros tiempos.

V

En México, unas veces porque las frecuentes guerras intestinas mantenían siempre exhausto el tesoro federal y el de los Estados, otras porque las mejoras materiales llamaban de preferencia la atención del Gobierno; tal vez porque la prensa ó los artistas mismos no promovían con empeño la erección de monumentos públicos á los héroes, y por último, quizás á causa de la apatía, que es como el fondo de nuestro carácter, el hecho es que contamos con un número muy corto de tales monumentos. Redúcese á la estatua de Hidalgo en Toluca, que según hemos dicho se debe á una donación particular; á la estatua de Morelos que hizo erigir Maximiliano, y que Juárez mandó trasladar á la plazuela de San Juan de Dios; á la estatua de Guerrero que un Ayuntamiento, presidido por D. Mariano Riva Palacio, yerno de aquel grande hombre, hizo erigir en la plaza de San Fernando; á otra estatua de Hidalgo que el gobierno del Estado de San Luis Potosí, patrióticamente inspirado, levantó en la plaza mayor de su capital; al cenotafio de ladrillo que hay en Chihuahua, en el lugar mismo en que fué sacrificado el Padre de la Patria, y á otro cenotafio humilde que se ve en Ecatepec en el lugar donde fué fusilado Morelos.

Ultimamente se trabaja en la erección de la estatua de Cuauhtemotzin en nuestro paseo de la Reforma de México, y se inaugurará próximamente, habiéndose encargado la obra al jóven ingeniero Jiménez (que acaba de morir), y al acreditado escultor Noreña.

Pero en lo relativo á los héroes de la Independencia, el noble ejemplo dado por el Estado de San Luis Potosí no ha sido seguido por los otros Estados, que tienen el honor de contar con un héroe ó con varios, así como no ha sido seguido tampoco el

ilustrado ejemplo del patriótico Gobierno del Estado de Morelos, que decretó últimamente que se reprodujese la imagen del excelso caudillo cuyo nombre lleva, en los sellos públicos.

La iniciativa de uno de nuestros amigos en la prensa, para que se erigiese un panteon monumental en el que reposaran las cenizas de los héroes de la patria, quedó sin eco.

El recuerdo de las hazañas de estos hombres ilustres fundadores de la nacionalidad, constan en obras históricas voluminosas, como las de Bustamante, Mora, Zavala y Alaman, que además de ser escasísimas, no están al alcance de los más á causa de su costo; ó bien en librillos de escuela de muy pocas páginas, en que apenas se hace mención de aquella época.

Así pues, en un pueblo en que no hay monumentos que eternicen la memoria de los héroes, y en que hasta escasean las noticias acerca de ellos, no es de extrañarse que no haya florecido la poesía épica nacional. Al contrario, lo sorprendente es que aún quede historia ó tradición de lo que fueron, entre las clases más cultas.

En cuanto al pueblo ignorante, haced la experiencia, preguntad á un hombre cualquiera, sea de los indígenas analfabéticos, ó bien de los mestizos que hablan español y que saben leer, quién es la *Virgen de Guadalupe* ó el santo de tal ó cual pueblo, y os dirá al instante la historia ó la leyenda de los milagros. Preguntadle en seguida quién fué Hidalgo, quién fué Morelos, quiénes fueron los Galeanas, Mina, Guerrero, los Bravos, los Rayones, Valerio Trujano, Pedro Asensio, y se encogerá de hombros, no sabiendo qué responder. ¡Apénas se conserva un vago recuerdo de ellos en los lugares mismos que ilustraron con sus hazañas!

Esta diferencia consiste, en que la Iglesia ha cuidado de tener siempre presente en la imaginación popular el objeto del culto, y de excitar día por día el sentimiento religioso por la enseñanza de las tradiciones.

Cuando esto no se hace valiéndose de la objetividad y de la narración, los pueblos pierden irremisiblemente su historia, sus tradiciones, su religión misma.

Además, en México se produce un fenómeno todavía más digno de atención por lo raro, porque es tan raro, que no tenemos noticia de que se verifique en pueblo alguno que estime su independencia. Cada año se celebran en Setiembre las fiestas de la patria, y en ellas un orador recita desde la tribuna cívica los hechos de la insurrección de 1810, en estilo más ó ménos elegante, como puede. Por de contado hace el elogio de los héroes, y se ve obligado, por el peso de la verdad, á justificar su noble movimiento. Tiene que decir que la Independencia fué justa por alguna razón; tiene que asegurar, lo que es evidente, que la opresión es mala, que la libertad es buena; que la vida colonial era una desgracia para México, que la vida nacional es más conveniente.

Le es preciso contar que los españoles mataban á los insurgentes, y que éstos mataban también á los españoles, porque así es como se hacen generalmente las guerras; por último, le es indispensable decir algo cuando habla del sacrificio de los padres de la patria y del furor de sus verdugos.

Pues bien; esto que es tan cierto, que es tan razonable, puesto que para eso precisamente se han instituido las fiestas cívicas, únicas en que el pueblo oye hablar de sus acontecimientos históricos; esto que la ley ha querido que se haga para mantener en el espíritu público viva la idea de la nacionalidad, irrita espantosamente el furor y el despecho de cierto partido que hasta hoy ¡cosa singular! vive entre nosotros aborreciendo la independencia y suspirando por la vida colonial. Y cada año, por esos mismos días de Setiembre, algunos periódicos, órganos de ese partido, publican artículos virulentos denigrando la memoria de los héroes de 1810 y pintando á éstos como facinerosos. Parecen esos artículos como exhalaciones de los sepulcros de Cancelada y de Alaman, los dos libelistas enemigos implacables de los libertadores. A ellos se agregan las recalentadas injurias que no deja nunca de arrojar con donoso desenfado algún periodista español de esos que vienen á establecer aquí diarios con el objeto de estrechar más y más los vínculos fraternales que deben unir á México y España.

Al decir de estas dos clases de escritores, la nación mexicana sería una nación fundada por bandidos y conservada por ingratos; canalla toda.

Pero es lo peor todavía, que algunos gacetilleros mexicanos y que pretenden pasar revista de liberales y de patriotas, por un cosquilleo de españolismo que envuelve tendencias de lisonja, también se descuelgan en esos mismos días, poniendo de oro y azul á los oradores cívicos, deturpando también á los héroes, merced á quienes cuentan con una patria libre, y pretendiendo que no se hable ya de aquel asunto, sino que se vuelva toda alabanza á la vida antigua, con lo cual resultaría lógicamente estúpida la independencia de México.

Este pueblo, que por más que se diga es manso y tolerante, permite á esas gentes tamaño desahogo como una válvula de seguridad para que no revienten, oye impasible sus diatribas, y al cabo y al fin no hace caso ni de los panegiristas ni de los insultadores. Casi nunca lee lo que dicen unos y otros, y prefiere divertirse con la parada militar y los fuegos artificiales.

Por el estilo de esos escritores enemigos de la Independencia, algunos poetas del mismo partido dicen, que no puede hacerse un poema épico con las hazañas de nuestros insurgentes, porque eran impíos, sanguinarios y crueles. Estos vates timoratos confunden la Epopeya con la Hagiografía. Efectivamente las proezas de nuestros héroes, como las de todos los héroes de la guerra, no son iguales á las de San Pacomio, de San Silvestre ó de San Alejo. Pero los poetas conservadores aparentan olvidar que Aquiles daba vuelta tres veces á la plaza de Troya arrastrando el cadáver de su valiente enemigo Héctor; que Ajax desafiaba á los dioses; que los héroes de la Jerusalem eran unos verdaderos bandidos que se arrodillaban al pié del Santo Sepulcro despues de haber asesinado á setenta mil prisioneros ancianos, mujeres y niños; y que los héroes de los Edas eran los del tiempo de Atila, que bebían sangre en los cráneos de sus enemigos.

Ahora bien; los de la Independencia mexicana no eran ni con mucho semejantes á esos modelos de las epopeyas griega,